



Luce el sol

por Julián Miranda

Yo soy la persona más optimista del mundo y por lo tanto este proyecto no puede ser creado. Soy tan optimista que en estos momentos no sé si estoy aquí.

El exceso de optimismo anula los sentimientos, lima las asperezas que enmarañan lo contado, unifica los colores e impide que las historias calen. Un barco que llega a puerto, un matrimonio que no se destruye, un niño feliz, un policía que resuelve todos los casos y no se deja corromper, carecen de interés. No hay historia. Es más: si todos fuesen tan optimistas como yo no habría necesidad de narrativa ni de ficción. Las gentes que se dejan abatir por las penurias leen y van al cine porque les consuela que otros lo pasen peor. Se indignan con la bruja, el terrorista, Drácula, el policía angustiado y corrupto, pero en el fondo les aman, porque ellos se las hacen pasar putas a la relamida Blancanieves, al empalagoso presidente del país, al enamorado contable, al policía intocable. Toda esa gente más pura que ellos, más poderosa, más feliz y mejor sufre por fin en propias carnes la injusticia que a ellos les aflige.

Todo esto me importaba un bledo la semana pasada. Yo era la persona más feliz del mundo y no necesitaba leer historias. Pero hace unos días, un hecho que en principio hubiera supuesto un contratiempo mínimo alteró mi vida por completo.

Sentado en una terraza de una elegante cafetería de la Rambla Principal, me congratulaba de la gordura de las palomas que picoteaban a mis pies, que debían su rollizo aspecto a las sobras que nuestra bien alimentada sociedad desprecia; me alegraba el sonido de los cláxones de la riada de coches que desfilaban con mayor lentitud que los peatones, muestra del pujante bienestar económico que nos permite a todos poseer coche; disfrutaba de la rudeza con que el camarero había contestado a mi vecino de mesa: "No tengo cambio de 100 euros; vaya a buscarlo a otra parte." La libertad de expresión había triunfado, un camarero podía tratar de tú a tú al cliente, la diferencia de clases había desaparecido. Mi entusiasmo aumentaba al ver a una pareja de policías municipales pedir documentos a tres inmigrantes. Los extranjeros eran bien recibidos, la policía se preocupaba por ellos, les enseñaban las normas del país que les acogía, les daban la bienvenida. Mi contento se desbordó cuando un hombre de mediana edad, con las rodilleras de su ajado pantalón deshilachadas y una



chaqueta hecha jirones más sucia que su tez, que mostraba indicios de haber pasado la noche al raso, alargó la mano y me pidió una limosna. ¡Oh! La filosofía del "clochard", ese vagabundo vocacional, ese vividor que elige desertar del trabajo y la vida regalada y se entrega a la aventura nómada entre cartones, perros, cubos de basura y vino peleón compartido entre camaradas por propia voluntad. Qué deleite supuso el exabrupto con que obsequió el camarero a aquel alma divergente. "Fuera de aquí, pordiosero." El hostelero tenía una opinión diferente a la mía. Los agoreros que predicán el auge del pensamiento único se equivocan. Vivimos en una sociedad pluralista y libre donde cada cual tiene su propio criterio y lo manifiesta a su antojo. Aquellos efluvios felices acunaron mis párpados. Con los ojos cerrados, aspiré la dicha del mundo perfecto que me rodeaba.

Un ruido de sillas me sustrajo de mi arrobó. Abrí los ojos. Dos señores bien trajeados, de espaldas a mí, se acomodaban para tomar un pisolabis. Se desenvolvían con agilidad y confianza: Debían ser ejecutivos triunfadores, puede que poderosos hombres de negocios. Se disponían a sentarse cuando el sol se zafó de una nubecilla que jugaba a tapar su omnipresente luz. Giraron la cabeza en mi dirección para evitar ser cegados. Eran Andrés y Juan, mis compañeros de agencia, que se habían retrasado unos minutos y no habían salido conmigo en el descanso matinal. Era natural, yo era mucho más rápido. Les hice una seña. Se comportaron de un modo que, debo decirlo, me desconcertó. No llegaron a sentarse. Miraron al frente, a un punto fijo del horizonte, como si un objetivo inminente les apremiase, y se alejaron con pasos veloces. ¿Cómo podía ser que no me hubieran visto? ¿Tanto les había cegado el sol de aquel maravilloso día? Reparé en un detalle que podría orientarme. Sobre su mesa descansaba un periódico que con las prisas habían dejado. Me acerqué a recuperarlo. Estaba abierto por esa página del final que informa del tiempo, el horóscopo y las loterías, todas cosas impredecibles y esotéricas. Claro, eso debía ser. Les había tocado la lotería, la primitiva o la ONCE e iban a recoger el premio. O el horóscopo les anunciaba un negocio fabuloso que no admitía demora. ¿Y el mío? ¿Qué auguraba el mío? Géminis, los dos gemelos que unas veces armonizan y otras se tiran los trastos a la cabeza, una personalidad que potencia a la otra o se querella hasta la esquizofrenia. "Es el momento de la verdad: Las tensiones pasadas no te ayudarán ahora." Fantástico. El momento de mi apogeo, de mi verdad, estaba próximo. Había pagado por él y me lo merecía. ¿Tensiones? Las hubo, pero no las necesitaba ahora. No me iban a ayudar, porque no necesitaba ayudas de ningún tipo. Estaba en la cúspide.

Regresé a mi mesa. Alguien había movido mi silla unos centímetros. La devolví a su sitio y me senté. Dejé el diario y sorbí un traguito de café. Estaba frío y lo aparté. Mejor, mi salud era óptima, mis nervios templados y



mi creatividad no precisaba estimulantes. Desdoblé el diario (¡Qué manía de doblarlos por la mitad y leer una sola cara; los periódicos deben leerse a doble página, sin permitir que su apertura llegue a los 180 grados; yo jamás paso de 90, el ángulo recto!) Al enmendarlo, la portada me ofreció dos titulares. El mayor rezaba: "Terremoto en Tasmania". Cerca de un lago, un temblor sísmico había abierto una enorme brecha en tierra firme y el agua subterránea, sometida a encierro por obras de ingeniería humana durante milenios, enterrada bajo toneladas de escombros sobre las se erigieron cultivos primero, aldea y fortaleza después, y recientemente urbanización de alto estanding, volvió a recuperar el territorio que le pertenecía por antigüedad. El lago, con una superficie siete veces mayor en el Neolítico que el día anterior, reclamaba sus legítimas posesiones y expulsaba a los intrusos. El segundo titular hacía referencia a la propagación de una especie exótica de hormigas en el país. El nuevo espécimen, más fuerte, más agresivo y mejor adaptado, estaba diezmando a las hormigas autóctonas. Recordé que ya había ocurrido con el cangrejo americano y la palmera africana. Era una ley biológica transferible a todos los ámbitos de la vida. En la agencia en la que trabajo tres publicistas hubieron de marchar poco después de mi incorporación. No se adaptaron como yo al espíritu lúdico y festivo de nuestro tiempo: Planteaban pegas, no eran optimistas. Extendí el periódico sobre la mesa sin dobleces, lejos del café colombiano que pudiese mancillarlo con su contacto negro y húmedo, pagué, dejé tres euros de propina y me levanté. El lapso de mi descanso matutino concluía; debía volver, quería volver. El camarero contó el dinero. "Gracias, caballero." Me llamó caballero. Es tan fácil hacer feliz y complaciente al prójimo. Tres monedas habían bastado para inculcar educación y buenas maneras a aquel hombre.

De vuelta a la agencia disfruté del gorjeo de los gorriones en los olmos y del bullicio espontáneo de los niños en un patio escolar en torno a un balón de fútbol sin anticiparme a lo que me aguardaba en el despacho. Tengo por norma inviolable no pensar en asuntos del trabajo durante la pausa. Me va genial. El cerebro sigue rumiando las soluciones a mis eslóganes y promociones sin que intervenga mi voluntad. Incubación, llaman a este proceso los gurús de la creatividad. Años de duro entrenamiento mental me costó lograr esta desconexión que mejora mi rendimiento y mi optimismo. Mientras transitaba los escasos metros que me quedaban, mis ojos cambiaban de rumbo, mi cuello giraba enfocando un pájaro, una hoja mecida por la brisa, un objeto decorativo, un escaparate. Las personas que se cruzaban conmigo iban pendientes de un punto fijo en el horizonte que no perdían de vista.

Al ir a cruzar de acera vislumbré a Francisco y Sonia, una pareja que había trabajado en la agencia hasta que el mes pasado fichó por otra empresa



pese a que el salario era inferior. Venían en mi dirección. Salté y levanté un brazo para que me vieran. Francisco miró al pavimento y cogió a Sonia de la mano. Torcieron a la izquierda y entraron en unos grandes almacenes. Me hacía ilusión saludarles y preguntarles que tal les iba, corrí y me adentré en el centro comercial. Habían desaparecido. Por la velocidad que emplearon debían tener un motivo importante. “Claro - pensé -, por fin se casan. Seguro que Francisco ha visto un regalo impresionante y no ha podido esperar. Qué enamorado está”.

Era tiempo de volver y no podía entretenerme buscándolos. Cruzé la calle y entré en la agencia: PUBLICIDAD SELENE. En la recepción, Maite atendía el teléfono. Estaba tan absorta en un pedido que no pudo saludarme. Oí voces animadas provenientes de la sala central: los tres publicistas, los dos maquettadores y el informático debían estar enfrascados en la elección de un color, el tamaño de un cartel o la palabra que le faltaba a un lema. Abrí la puerta. Enmudecieron y se volcaron en sus anuncios en silencio religioso.

Manipulé el picaporte de mi despacho, situado al fondo, y me encerré. Debía ser un ejemplo para mis subordinados. Mi dedicación tenía que ser absoluta, mis anuncios rentables. Si los grandes mandamases de la central me habían elegido director de la sucursal dos meses antes era por mi optimismo y lealtad comprobada. En los diez últimos años jamás insinué una objeción a sus decisiones.

Abrí el portafolios: SEGUROS TITÁN. El reto continuaba. Me quedaban dos días para diseñarles un anuncio para la televisión nacional. Ya habíamos realizado un spot publicitario para la televisión local, incluso uno para un canal autonómico, pero era la primera vez que nos vería todo el país. Y el director general me lo había encomendado a mí. A mí, no al equipo. “No digas nada a los otros. Quiero que lo hagas tú, sólo tú”, me había confiado el jefe de la central. Cuando el propietario de SEGUROS TITÁN, un hombretón de hombros macizos que le reventaban las hombreras, cuello toruno y manos como palas, visitó mi despacho, le propuse varias ideas. Un campo cubierto de azucenas y amapolas sobre el que un padre y una madre jóvenes, ágiles y esbeltos, retozaban al lado de sus dos hijos rubicundos y risueños: “La familia promedio, seguros y sanos”, le dije. Frunció el ceño. Una velada de amigos al atardecer, una cena con cubertería cara, pero no excesiva; se produce un ligero ruido en el piso de arriba; la madre acude presta y contempla a su pequeño dormido como un angelito; el sonajero ha caído a tierra: Titán vela sus sueños, se sobrepone en pantalla. “Nos dirigimos a un sector de clase media alta”, le aclaré. Arrugó el entrecejo. Una maratón, niños, jóvenes, maduros y jubilados corren a través de puentes, manzanas, bosques y ríos. De tanto en tanto, un joven, un niño, un jubilado, flojean y se apoyan en la barandilla del puente, la esquina de



un edificio o la corteza del árbol. Levantan la vista y ven un cartel: Titán te asegura la meta. Se recuperan y continúan la carrera. El hombretón golpeó mi mesa con su puño. Mi agenda desapareció bajo su manaza y mis bolígrafos, rotuladores y clips volaron por los aires. “Basta de mariconadas”, tronó la mole, a la que asocié en aquel instante con los titanes que se opusieron a los olímpicos de Zeus. Por su tamaño y ferocidad bien pudiera ser descendiente de Urano. Debí poner nombre a su compañía mirándose al espejo. “¿Sabe por qué mi empresa ha prosperado? Porque vapuleamos a la gente, la inquietamos, la intimidamos. ¡Somos una compañía de seguros, no come yogures! - se dio un puñetazo en el pecho que lo hubiera erigido en líder de una manada de gorilas -. Lidiamos con incendios, inundaciones, robos, accidentes, enfermedades, sangre, vómitos, amputaciones, parálisis, deformaciones y cegueras. Nuestro negocio es la muerte, las desfiguraciones, las cicatrices, la desolación y la sensación de injusticia e impotencia. En eso ha de basarse mi campaña: en el miedo, el pánico a verse en una situación angustiada y evitarla como sea. Miré las campañas de tráfico: heridas escalofriantes, parapléjicos a los que se les cae la baba, viudas destrozadas, testimonios desgarradores. ¡Así quiero yo mi campaña!” El portazo que dio al salir resquebrajó la puerta en diagonal.

Sentí un escalofrío. ¡Si me estruja entre sus zarpas!, pensé. Fue una debilidad que duró un parpadeo. ¡No! Mi cliente era un hércules y un ser decidido que sabía lo que quería. Era un reto fascinante crear su anuncio, una aventura, un lujo. Sí. Y aquella idea de aplicar a la empresa privada (los Seguros) los principios del ente público (Dirección General de Tráfico) era subyugante: lo privado y lo público se hermanaban, la sociedad civil y el Estado colaboraban cogidos de la mano en aras del bienestar ciudadano. Genial. ¡Y yo iba a dar forma a la entente pionera!

Pero aquella mañana no se me ocurrió ninguna idea.

Y esta mañana, a dos días de expirar el plazo pactado, sigue sin ocurrírseme nada. El optimismo no liga con la desgracia, ambos se repelen como los polos de un imán. Estoy en blanco. No lo estuve cuando cree el eslogan para el refresco que bauticé como “el trampolín de tu sueño”, ni cuando sugerí que “el champú de los incas hace renacer la mujer que hay en ti”, mucho menos cuando promocioné el coche Estrim, “que deja atrás a las estrellas”: en el spot, un fabuloso bólido conducido por una celebridad era adelantado en una noche estrellada por un hombre corriente en un coche económico. No, no me quedé en blanco en ninguno de mis 89 anuncios precedentes. Lo estoy ahora y lucho por evitarlo. Asocio palabras, desencadeno tormentas de ideas, dibujo círculos multicolores interconectados, oigo música, visualizo entramados psicodélicos... Es inútil. A ráfagas, al igual que en mis descansos intentan filtrarse ocupaciones



pendientes, ahora imágenes fugaces y caprichosas de mi escasa vida extrapublicitaria intentan derribar mi actual refugio creativo y penetrar en mis pensamientos. Las exorcizo dibujando más círculos. No es suficiente. Tomó un libro al azar (que resulta ser La Inteligencia Emocional de Goleman) y lo abro al azar. La primera palabra con la que topa mi dedo inocente es “encuadernar.” Cavilo, categorizo, engrano: se encuadernan libros, se encuadernan dossiers... ¿Qué más? ¿Dónde está mi pensamiento lateral? Venga, disparates... Se podrían encuadernar árboles, que son seres vivos... Sí, de hecho se hace: se emparedan personas. Eso es una catástrofe. Por ahí, por ahí. La inspiración me ronda.

Francisco y Sonia irrumpieron en el centro comercial cuando iban a cruzarse conmigo.

... Encuadernar. Libros. ¿Qué más se encuaderna?

Maite no me saludó hace un momento. No me dedicó ni un gesto con los dedos, como hace otras veces.

... ¿Con qué palabra estaba?

Mis subordinados callaron cuando entré.

... ¿De qué libro saqué la palabra?

Todas estas incursiones extralaborales - Francisco, Sonia, Maite, el personal - me confunden. Se están filtrando como espermatozoides rebeldes en el diafragma que preserva mi útero creador y optimista. La posibilidad de que un espermatozoide traspase el diafragma es del 2 %, he leído en un prospecto. El porcentaje de imágenes intrusas sobrepasa esa cifra con creces.

Decido abortarlas.

Siento un temblor en mi mano izquierda. Dejo el bolígrafo con el que trazaba círculos. El último era un garabato. La mano se mueve con voluntad propia. La sostengo con la derecha. Se detiene. Me levanto.

Suena el teléfono. “Ya está, dime que ya está”, sentencia una voz que no admite réplica. Es el director general. “Tengo a mi lado al propietario de Titán. Dice que no le has llamado y está muy molesto”. Del auricular llega un estruendo que no sé si es el barrunto de un elefante en celo, una estampida o un nuevo seísmo en Tasmania. “Esta tarde iré a verte. Procura tener algo preparado... ¿Vale?” Ha dejado una pausa entre las dos últimas



palabras y el “e” de “vale” ha sonado largo, lúdico, como el del niño que apuesta sobre seguro: valeee.

Un plazo corto, un desafío de altura. A trabajar.

¿Valee?

Los intrusos mentales vuelven a las andadas. Los espermatozoides se resignan a morir y franquean el diafragma. No hay nada como repetir mensajes positivos para abortarlos: Luce el sol, lo público y lo privado se asocian en aras del bien común, estoy en onda. Luce el sol...

¿Valee? ... Luce el sol. Estoy en onda, suena mi música, los rotuladores trazan nuevos círculos. Luce el sol...

¿Valee?

¡Cállate!

Francisco y Sonia en los almacenes. Maite al teléfono. Mis subordinados parapetados tras sus mesas.

Más círculos. Vanguardia, éxito. Una sociedad feliz en un mundo feliz. Luce el sol...

Andrés y Juan se levantaron a escasos metros de mí, sin verme.

Una punzada en el estómago me dobla por la mitad. Los espermatozoides me han dejado preñado. Me río de mi ocurrencia.

Juan y Andrés me vieron. Me vieron y no quisieron saludarme. No les tocó ninguno premio, me rechazaron.

No puede ser. No pueden haber traspasado mis barreras, no pueden estar germinando. Qué bobada.

... Luce el sol.

Sonia y Francisco me vieron. No iban a comprar nada. Escapaban de mí.

Maite no tenía ningún pedido. Se sirvió del teléfono para evitarme.

Mis compañeros hablaban de fútbol cuando entré. Se escondieron en sus quehaceres para no saludarme.



¡Luce el sol! ¡Luce el sol! Voy a respirar con método, a murmurar mi mantra, a meditar de puntillas, a visualizar mis metas...

¡Mis metas! Me habían encargado la promoción de Titán a sabiendas de que no la podría realizar. El resto del personal me odiaba, el jefe quería deshacerse de mí con sutileza, creo que hasta con crueldad. La persona más optimista del mundo, yo, jamás podría concebir una catástrofe, imposible servirme de la desgracia.

Los espermatozoides habían encontrado el camino, fecundaban, crecían. ¡Tenía que abortar! ¡Luce el sol! Le digo al espejo que siempre me acompaña lo magnifico que soy; le digo, me digo, que todo es bello; le repito, me repito, que mi mente es positiva.

¡Luce el sol!

¡No! El brillo del sol me impide ver las tragedias. Debo bajar las persianas, Tengo que evitar que el sol me toque, debo permitir que ideas pesimistas y macabras pueblen mi mente como antes. Sí, como antes, en aquella época en que no era optimista en absoluto. Ocho años atrás pensaba que todos los políticos eran corruptos, que cualquier día me invadiría un cáncer o que el matrimonio de mi hermana no duraría dos meses; no conducía por el centro porque no iba a encontrar aparcamiento ni me presentaba a ningún concurso ni oposición porque iba a fracasar. Fue una época pésima. Sólo obtuve un trabajo en un colegio privado dando clases de dibujo cuarenta horas por semana a una caterva de adolescentes que se burlaban de mí y carecían del mínimo deseo de aprender. Me consumía por fuera (llegué a perder 18 kilos en un curso) y me carcomía por dentro ("Estoy tirando mi juventud, estoy malgastando mi talento", me decía) hasta que un día decidí que aquello debía acabar. Me apunté a un sinfín de cursos de actitud mental positiva, meditación psicoastrológica, optimismo dinámico, imaginaria social y autocontrol. No hubo libro de autoayuda que no leyera y practicara. Tracé metas, reprogramé mi mente subconsciente, cree mi propia realidad. A medida que soterraba mi pesimismo, mi posición laboral mejoraba. Como el terremoto de Tasmania, recubrí el agua estéril de mis ideas improductivas, tapé la ciénaga de mi oscuridad y edifique sobre ella un paisaje de colores y dicha. Adquirí confianza, me presenté a concursos y gane, gane, gane: encargos publicitarios, puestos de responsabilidad, amigos. No había reunión social a la que no fuera invitado. Era el alma de las fiestas, para todos tenía palabras agradables. "Da gusto, siempre está de buen humor", ponderaban mis amistades y colegas. La ascensión no podía detenerse, debía optimizarse. Asistí a nuevos cursos, consulté a gurús, practique PNL, gestalt y asertividad. Como en el artículo del periódico, las especies exóticas - las enredaderas de mi nueva realidad, las hormigas recolectoras de



mantras transformadores, las mariposas portadoras de imágenes inspiradoras - fueron devorando mi fauna interior - las especies autóctonas del conformismo, la empatía con los mediocres, la angustia y la baja estima. Pero de tanto en cuanto, algún pensamiento pesimista pugnaba por abrirse paso. Era como si algún autóctono recalcitrante se aupase a otros para asomarse, como si riachuelos de agua soterrada confluyeran con otros afluentes para derribar la presa. Y aunque mis mantras, imágenes y ejercicios optimizadores lograban devolverlas a su cauce, yo no estaba satisfecho. Por eso me decidí a dar el paso definitivo hace tres meses. Asistí a un retiro de diez días en una casa rural de las montañas. Ayuné y una pareja de psicoterapeutas, medio budistas, medio chamanes, me sometieron a meditación dinámica, rebirthing, bioenergética y marchas que duraban toda la noche. "Debes agotarte - insistían - para que tus resistencias racionales desaparezcan y aceptes los mensajes de cambio." Tras la marcha, sin dejarme dormir ni comer, me bombardeaban con frases asertivas. Cien, doscientas, mil veces. Resultó un éxito. Los tres días que siguieron, yo flotaba, sin que ningún parásito nublara mi felicidad. Tenía que mantener aquel estado. Recurrí a la farmacología. Los tricíclicos y el Prozac bloquearían mis neurotransmisores y alejarían cualquier conato de obsesión recurrente. Ingerí, ingiero, 250 miligramos de Anafranil y 80 de Prozac diarios. El toque final fue la hipnosis. Con el ayuno, los ejercicios y los fármacos mi voluntad se encontraba en las condiciones ideales para aceptar las órdenes del hipnotizador: "Eres el hombre más optimista del mundo; el superviviente por excelencia que aplana todos los obstáculos que se interfieren en su camino." Desde entonces todo marchó como la seda. Los eslóganes fluían y me convertí en el mayor y mejor trabajador de la agencia. No sólo le dedicaba doce horas diarias, sino que no dejaba que las reuniones de trabajo decayeran. Si los empleados alegaban que llevábamos once horas sin salir del despacho y que convenía dejarlo para el día siguiente, les ponía a correr alrededor de la mesa para sacudirles el sopor. "Al llegar a la extenuación, la creatividad fluye", les animaba. Cuando me presentaban un boceto, una composición o un montaje fotográfico siempre les mandaba repetirlo. No es que fuera malo (la mayoría de las veces era aceptable, incluso excelente), pero quería inculcarles una actitud perfeccionista, que aprendiesen que se puede hacer mejor, que el esfuerzo recompensa. Sólo los mejores sobreviven: eso es lo que tenían que asimilar. ¡Cuánto les enseñe! No comprendo cómo Francisco y Sonia ficharon por una agencia que les pagaba menos. Tampoco comprendo cómo Andrés y Juan, que antes me consultaban todo, dejaron de preguntarme. Y, sobre todo, no comprendo cómo el jefe me encargó el anuncio de Titán.

¡Dios, tengo que llevarlo a cabo! Un superviviente de mi talla, habitante de una tierra de indígenas acomodaticios y holgazanes, tiene que triunfar.



Pero para ello debo olvidar todo mi entrenamiento y recordar el pesimismo del pasado. Todo lo que necesito es una hora, media tal vez, para dejar que una idea nefasta alcance mis neuronas y desarrollarla. Luego, puedo volver a ser el que soy.

¡No! ¡No puedo! Mi ser se niega a recordar los malos tiempos, los adolescentes burlones, los trabajos basura, las obsesiones. Mi mente se cierra en banda: los fármacos y la hipnosis cumplen a la perfección su labor bloqueadora. Hasta mi cuerpo se opone: las sensaciones físicas que anteceden a las emociones y a los pensamientos no se presentan. Ni un sudor frío que indique miedo, ni un malestar muscular que denote tensión, ni una gota de líquido en mis lacrimales que señale tristeza. Desde la hipnosis y los 330 miligramos de fluoxetina y derivados, sólo un temblor de manos ha denotado en dos ocasiones una sensación generalizada e imprecisa. ¡Ah! Y las punzadas en las entrañas. Sí, esas sacudidas interiores que golpean como un ariete medieval las paredes blindadas de mi fortaleza con la fuerza de un torrente subterráneo que se abre paso entre la tierra que la pisa y recupera sus cauces primitivos.

La punzada. La sentí hace un mes. Débil. La volví a notar hace ocho días. Intensa, poderosa.

¡No, no puedo volver! ¡No puedo con el anuncio! ¡No puedo satisfacer al jefe! ¡No puedo cumplir con Titán! Vendrá, el cíclope vendrá a por mí; Andrés, Sonia, Maite, Francisco, Juan, los colegas, vendrán a por mí.

¡Mi mano! ¡Vuelve a temblarme la mano!

¡Y la punzada! ¡Qué dolor! He de marchar, descansar, calmarme... La cafetería, la cafetería de la plaza, mi refugio... Allí me calmaré.

¡Una tila! ¡Una tila! ... Nadie acude a servirme. El camarero no me ve.

¿No estoy aquí? Observo a mi alrededor. El relincho de una Harley lastima mis oídos, pero ¿es real la moto o son las ganas de oírla lo que produce las trepidaciones de su tubo de escape? La piel de mi mano se vuelve lechosa como la de un cadáver, ¿de verdad? Los cadáveres no son pálidos ni lechosos, son incoloros como el agua. ¿Por qué imagino cadáveres? No los necesito. O sí. En realidad no los deseo, pero son necesarios para que la vida continúe. Los deseo y los rechazo. Como mi piel, que me da placer, pero me constriñe, me limita, me marca. Es estrecha, asfixiante y me aprisiona.



No estoy aquí. O sí. Estoy sentado a la mesa y el camarero no me oye. Estoy aquí, pero estoy sentado allá, en otra mesa, a escasa distancia de mí. Y ese otro mí, yo, él, habla con Andrés y Juan, con Sonia y Francisco. No ríen, ni siquiera sonríen; discuten de trabajo. Mi yo, él... mi Alter-Ego se muestra taciturno, pone pegas, agacha la cabeza; viste de color gris, yo visto vaqueros y camisa hawaiana. Yo soy él, pero él no es mí. ¿O sí?

Le hago una seña. Si yo puedo verle, él puede verme a mí. Únicamente su mesa y la mía están ocupadas. Pero ni él ni sus amigos me ven. "Por favor, dígame a ese señor que se parece a mí que mire hacia aquí", le pido al camarero. No me contesta, no me ve. Me levantó y tocó en el hombro a un transeúnte que pasa. No siente mi tacto.

Entonces comprendo. Mi Alter-Ego está tomando mi lugar, me reemplaza. De alguna forma estoy dividido. Las partes profundas de mí, hartas de su encierro, han decidido vivir su propia vida. Han traspasado mi piel, han tomado posesión de mi cuerpo desdoblado y están aniquilando el mío. Mi piel se vacía, mi mano desaparece, y mi brazo, y mi frente...

- ¡Socorro, socorro! Él no es yo, yo no soy él - grito antes de que el vacío selle mi boca.

Autor: Julián Miranda, Banyoles, Girona, España.

Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.